

cuadernos

HIJOS E HIJAS DE UN PEREGRINO

**Hacia una teología
de las migraciones**



HIJOS E HIJAS DE UN PEREGRINO HACIA UNA TEOLOGÍA DE LAS MIGRACIONES

Alberto Ares Mateos

INTRODUCCIÓN	3
1 EL FENÓMENO MIGRATORIO COMO “SIGNO DE LOS TIEMPOS”	5
2 LA BIBLIA, UNA REALIDAD EN MOVIMIENTO	9
3 LA TRADICIÓN APOSTÓLICA, PADRES DE LA IGLESIA E INMIGRACIÓN	11
4 LAS MIGRACIONES, UN DESAFÍO ECLESIAL: EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA	13
5 ALGUNAS RECOMENDACIONES PARA SEGUIR EL CAMINO	15
6 RECAPITULANDO	25
7 ORACIÓN EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DE LAS MIGRACIONES	27
NOTAS	29
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	31

Alberto Ares Mateos es jesuita, doctor en Migraciones Internacionales y Cooperación al Desarrollo. Ha acompañado comunidades migrantes en varias partes del mundo. Ha sido director de la Fundación Red Íncola en Valladolid y del Centro Pueblos Unidos en Madrid. Se especializó en Ética Social, en Economía y en Teología. Actualmente es el Delegado del Sector Social de los jesuitas en España y profesor e investigador asociado al Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones de la UP Comillas. Es autor del libro *La rueca migratoria: Tejiendo historias y experiencias de integración* (2017).

Edita: Cristianisme i Justícia Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel.: 93 317 23 38 - E-mail: info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 26080-2017
ISBN: 978-84-9730-406-1 - ISSN: 0214-6509 - ISSN (virtual): 2014-6574

Impreso en papel y cartulina ecológicos - Dibujo de la portada: Roger Torres
Edición: Anna Pérez i Mir - Revisión y corrección del texto: Cristina Illamola
y Pilar de la Herran- Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Noviembre 2017

Protección de datos: La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Sólo se usan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

La realidad migratoria, en tanto que «signo de los tiempos», necesita ser apropiada en mayor profundidad por la reflexión teológica. La Teología de las migraciones es una disciplina que ha comenzado a tematizarse en las últimas décadas dentro de la reflexión teológica, pero sus raíces cabe hallarlas en los orígenes y en la comprensión del Pueblo de Dios y, en cierto modo, en el nacimiento de la humanidad. Esta peregrinación recorre la Sagrada Escritura, la tradición y el magisterio.

La Biblia se reconoce como una realidad en movimiento, con experiencias migratorias, de exilio, de acogida y hospitalidad, que se insertan en las experiencias fundantes del pueblo elegido: «mi padre fue un arameo errante» (Dt 26,5). Asimismo, el Nuevo Testamento, en el que el propio Jesús se presenta como un migrante, va poniendo un acento especial en la acogida y la fraternidad, en el universalismo y en una vida apostólica en movimiento, que desborda fronteras.

Durante los primeros siglos, la tradición patristica inicia una reflexión teológica sobre la acogida y la hospitalidad cristiana, entre otros. Distintos padres apostólicos y, después, los pa-

dres apologistas reflexionan sobre las migraciones desde distintas perspectivas: el discurso A Diogneto, Clemente de Roma, Didaché, Orígenes, Lactancio, Basilio, Aristides, Juan Crisóstomo, Gregorio de Nisa y Ambrosio de Milán. «Habitan sus propias patrias, pero como inmigrantes (peregrinos); toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña» (A Diogneto 5, 1.5).

Asimismo, el Magisterio de la Iglesia sitúa la atención sobre la realidad de las migraciones, pero es a partir del siglo XIX cuando se empieza a tratar de una forma especial. De León XIII

al papa Francisco, hijo de familia migrante, el Magisterio eclesial ha ido acompañando de dolor y sufrimiento la realidad, pero también ha presentado la riqueza y la esperanza que aportan las personas migrantes. Es significativa la centralidad que las migraciones ocupan en el magisterio del papa Francisco.

El contexto actual de la realidad migratoria y de refugio a nivel mundial, así como la invitación que recibimos a realizar una mirada más honda ante

esta misma realidad, nos plantea al menos cinco encrucijadas: la de la identidad, la de la dignidad, la de la justicia, la de la hospitalidad y la de la integridad.

¿Quién es mi familia? ¿Cómo nos ha creado Dios? ¿Cuándo te vimos forastero y te acogimos? ¿Con quién comparte mesa Jesús? ¿Está todo conectado? Todo ello cuestiones que siguen retando y animando nuestra manera de comprender y de acercarnos a la realidad migratoria.

1 EL FENÓMENO MIGRATORIO COMO "SIGNO DE LOS TIEMPOS"

El propio Jesús, junto al pueblo de Dios, continúa esa peregrinación que empezó hace siglos y que se recoge en el propio desarrollo histórico del concepto de "teología".

Una mirada desde un punto de vista teórico que nos lleva de la clásica definición de teología de Anselmo en tanto que *fides quaerens intellectum* hasta una visión moderna: «reflexión crítica sobre la praxis histórica a la luz de la Palabra de Dios». ¹ Siglos de peregrinación y de comprensión teológica que nos han ayudado a ampliar nuestra mirada y a crecer en profundidad para entender la Revelación de Jesús, intentando dar cuenta de nuestra fe. Esta comprensión tiene una honda inclusión de la experiencia humana como un objeto legítimo de la reflexión teológica. El mismo Karl Rahner sugiere que el conocimiento del Dios misterioso y trascendente es posible gracias a la experiencia humana:

«Solamente algo experimentado, vivido y sufrido es un saber que no sufre decepción, terminando en aburrimiento y olvido, sino que llena el corazón con sabiduría henchida de ciencia y de un amor experimentado. No lo excogitado, sino lo vivido y sufrido ha de llenar mi espíritu y corazón. Y todo el saber aprendido a través del estudio no es más que una pequeña ayuda para la experiencia de la vida, única que da sabiduría para salir al encuentro del mundo con espíritu despierto y preparado». ²

A su vez, algunos autores, como Stephen B. Bevans, han llegado a afirmar que no se puede hablar de teología

en abstracto, que solo existe la teología contextual que se entiende y se reflexiona desde una fe encarnada en un contexto vital y cultural concreto. Para este autor, la contextualización de la teología no es una opción que solo interese a la gente del Tercer Mundo, sino que es realmente un imperativo teológico, y se halla en la misma base del ser de la teología.³ «Cuando reconocemos la importancia del contexto para la teología, también estamos reconociendo la absoluta importancia del contexto para el desarrollo de las Escrituras y la Tradición. Los escritos de las Escrituras y el contenido, prácticas y sentido de la tradición no nos caen simplemente del cielo. Ellos mismos son productos de los seres humanos y sus contextos».⁴

Así, en cada período de la historia, nuestra Iglesia y sus teologías son hijas de diversos contextos atravesados por distintos modos de pensamiento o tradiciones culturales. No podemos hablar, por tanto, de teología sin hablar de un recorrido a lo largo de la historia, de un proceso marcado por la constante construcción: «Si volvemos los ojos a los primeros teólogos después de la era neotestamentaria, veremos que ellos trataban de darle sentido a la fe, pero dentro de los términos de la dominante y bien difundida cultura helénica. Clemente de Alejandría, por ejemplo, hizo uso de la visión estoica, Orígenes usó el pensamiento de Platón, Agustín estuvo fuertemente influenciado tanto por Platón como por los neo-platonistas de su tiempo».⁵

La reflexión teológica actual, si quiere ser realmente significativa para los creyentes, no puede obviar la diversidad geográfica, histórica y cultu-

ral que caracteriza a nuestro mundo y nuestra Iglesia. «Lo que queda claro, en todo caso, es que un breve vistazo a la historia de la teología revela que no ha habido nunca una teología original que se hubiera articulado en una torre de marfil, sin referencia o dependencia de ningún evento, las formas de pensamiento o de la cultura de su tiempo y lugar particular».⁶

Si nos acercamos a la teología desde una perspectiva epistemológica, podemos decir que comparte los mismos objetivos que las ciencias humanas y naturales, pero con una metodología y ámbito diversos.⁷ Así, la teología interpreta críticamente la realidad social a través del referente primario de la revelación divina, con el fin de dar razón de nuestra fe, de nuestra esperanza (1Pe 3,15).

En los últimos tiempos, en este mundo se está palpando una realidad dramática de las migraciones forzadas y del refugio. Hoy en día, hay más de 232 millones de personas migrantes, que, para formarnos una idea, supondría el quinto país más poblado del planeta. Más de 65 millones son personas que se han visto forzadas a abandonar su hogar por un conflicto armado, por violencia generalizada o por un desastre natural. De este número, 21 millones son personas refugiadas; 38 millones, desplazadas internas, y 3,2 millones, solicitantes de asilo. Lamentablemente, el Mediterráneo se ha convertido en el mayor cementerio a nivel mundial, donde solo en 2016 perdieron la vida más de 5.000 personas. Siria es el país que genera mayor número tanto de refugiados como de desplazados internos, seguido por Afganistán, Somalia y Sudán del Sur. Lejos de lo que se suele pensar en

nuestras sociedades occidentales, los países en vías de desarrollo son los más solidarios con las personas refugiadas y acogen al 86% de los refugiados en todo el mundo. Entre estos países, donde se concentra un mayor número de refugiados es en Turquía, Pakistán, el Líbano, Irán, Etiopía, Jordania y Kenia.⁸

Hay un amplio debate entre la opinión pública sobre la tragedia de los refugiados y los migrantes forzosos. En cierto modo, estamos viviendo una encrucijada de la historia donde los flujos migratorios y la emergencia humanitaria están planteando serios interrogantes a nuestra forma de vida, de entender las relaciones internacionales, de gestionar la diversidad dentro de nuestras sociedades y de ofrecer una respuesta clara a las dramáticas situaciones de muchas familias que llaman a nuestras puertas:⁹ ¿Hasta cuándo vamos a poder mantener un sistema económico que facilita la movilidad del capital y los flujos financieros, pero pone trabas a la circulación de personas? ¿Es viable un sistema de producción que esquilma los recursos naturales de los más pobres y que, en consecuencia, produce serias secuelas en nuestro planeta? ¿Es factible un sistema que refuerza sistemas autoritarios en el sur y alimenta los conflictos bélicos con la venta de armas para mantener un estándar de vida en occidente? ¿Es viable si nos lleva, a su vez, a cerrar los ojos y nuestras fronteras a los millones de personas que llaman a nuestras puertas porque huyen de esos desastres ambientales, de esas mismas guerras o de situaciones que hacen inviable e inhumana una vida digna? ¿Cómo estamos respondiendo al progresivo envejecimiento

de nuestras sociedades y a la gestión de la diversidad que ya vivimos en el corazón de Europa y del mundo occidental? ¿Estamos esperando a que surjan los conflictos para invertir en integración¹⁰ o acaso seguiremos alimentando nuestro miedo y unos muros cada día más altos? ¿Cuándo vamos a reformular en este contexto la manera de entender la ciudadanía, las políticas sociales y los Estados nación?

Desde este contexto, ¿cómo estamos respondiendo los cristianos a muchas de estas cuestiones y, en especial, a las necesidades de personas violentadas a dejar sus hogares en distintos rincones del mundo? Existen amplios estudios sobre los flujos migratorios desde las perspectivas económica, sociopolítica, cultural, psicológica, etc., pero un recorrido más bien corto desde la perspectiva teológica o pastoral. Esta exigua presencia dentro de la reflexión teológica no parece ir muy en consonancia con una abundante presencia de las migraciones en la Biblia.

Encontramos historias de movilidad humana desde los inicios: desde la llamada recibida por Abraham al Éxodo en Egipto, desde el pueblo de Israel vagando por el desierto en la experiencia de exilio, desde el viaje de la Sagrada Familia a Egipto a la actividad misionera de la Iglesia... En definitiva, la identidad del Pueblo de Dios está intrínsecamente entrelazada con historias de personas y comunidades desplazadas, de peregrinación y de hospitalidad. Algunos teólogos sostienen que «la migración es fundamental para entender la condición humana, la práctica religiosa y la identidad cristiana».¹¹

De este modo, el fenómeno migratorio, como otros temas relevantes de

la naturaleza humana, representa un elemento que debe tomarse muy en cuenta desde una reflexión teológica seria y rigurosa. Las migraciones constituyen un verdadero “signo de los tiempos”¹² con un carácter estructural en nuestro mundo global, tal y como refleja la encíclica *Gaudium et Spes*,¹³ que requiere una mirada profunda a la luz de la fe.¹⁴ Algunos teólogos han descrito la migración como la cara hu-

mana de la globalización.¹⁵ Este modo de hacer teología es la que se conoce como “teología de las migraciones”, disciplina cuyas raíces se remontan al inicio de la Iglesia y, en cierto modo, a los orígenes de la humanidad, aunque en el conjunto de la reflexión teológica no tiene una gran tradición. Este proceso o peregrinación recorre la Sagrada Escritura, la tradición y el magisterio.

2 LA BIBLIA, UNA REALIDAD EN MOVIMIENTO

La Biblia presenta la realidad migratoria como un elemento común en la historia de la salvación. En los textos bíblicos se presenta al Pueblo de Dios como un pueblo peregrino, en movimiento.

2.1 El Antiguo Testamento: «Mi padre fue un arameo errante» (Dt 26,5)

En el Antiguo Testamento se brinda abundante doctrina y praxis sobre las migraciones y las personas en movimiento. Por un lado, junto con los huérfanos y las viudas, los emigrantes constituyen la trilogía típica del mundo de los marginados en Israel. Para ellos, Dios pide un trato digno y de especial respeto y atención. Por otro, Israel, el pueblo de Dios, no solo conoce el fenómeno de primera mano, sino que se constituye como pueblo migrante: «Mi padre era un arameo errante» (Dt 26,5). «Conocéis la suerte del emigrante, porque emigrantes fuisteis vosotros en Egipto» (Ex 23,9). El período fundacional de Israel tiene dos hitos fundamentales en dos movimientos migratorios: el exilio a Egipto (Gn

42,1-8) y el éxodo a la tierra prometida (Ex 33,1-3). Entre sus normas de conducta, el pueblo de Israel tiene clara la prohibición de oprimir, explotar o vulnerar el derecho del emigrante: «No vejarás al emigrante» (Ex 23,9), «No lo oprimiréis» (Lev 19,34), «No lo explotaréis» (Dt 23,16), «No negarás el derecho del emigrante» (Dt 24,17), «Maldito quien viole los derechos al emigrante» (Dt 27,19).

Además de los códigos de conducta, existe una mirada rica y una actitud positiva ante los migrantes. En épocas tardías, a los extranjeros residentes se les atribuyen algunos atributos que prácticamente los convierten en miembros de la comunidad, incluso en lo referente al acceso a la propiedad: «Esta es la tierra que os repartiréis las doce tribus de Israel, os las repartiréis a suerte, como propiedad hereditaria, incluyendo a los emigrantes que resi-

den entre vosotros...» (Ez 47,21-22). También se expresa una actitud de amor por el forastero: «Amaréis al emigrante, porque emigrantes fuisteis en Egipto» (Dt 10,19), «Al forastero que reside junto a vosotros, lo miraréis como a uno de vuestro pueblo y le amarás como a ti mismo» (Lev 19,34). En este sentido, la eficacia en el amor se traduce en el compartir: «Cuando siegues la mies de tu campo y olvides en el suelo una gavilla, no vuelvas a recogerla; déjasela al emigrante, al huérfano y a la viuda» (Dt 24,17).

2.2 El Nuevo Testamento: Jesús, el migrante

El Nuevo Testamento lleva al Antiguo Testamento a su plenitud (cfr. Mt 5,17-19). Uno de los elementos centrales del Nuevo Testamento mirándolo desde la realidad migratoria es el hecho de que el mismo Jesús se presenta como un migrante. Mateo muestra la infancia de Jesús y a la Sagrada Familia bajo una primera y cruenta experiencia de emigración forzosa (Mt 2,14-15). Por su parte, el Evangelio de Lucas narra el nacimiento de Jesús fuera de la ciudad «porque no había sitio para ellos en la posada» (Lc 2,7).

En el extranjero, más que al prójimo, el cristiano contempla el propio rostro de Cristo nacido en un pesebre y que, como extranjero, huye a Egipto, asumiendo y compendiando en sí mismo esta fundamental experiencia de su pueblo (cfr. Mt 2,13 ss.). Nacido fuera de su tierra y procedente de fuera de la patria (cfr. Lc 2,4-7), «habitó entre nosotros» (Jn 1,11.14) y pasó su vida pú-

blica como itinerante, recorriendo pueblos y aldeas (cf. Lc 13,22; Mt 9,35). Ya resucitado, pero todavía extranjero y desconocido, en el camino de Emaús se apareció a dos de sus discípulos, quienes lo reconocieron solamente al partir el pan (cfr. Lc 24,35). Los cristianos siguen, pues, las huellas de un viandante que «no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8,20; Lc 9,58). (*Erga migrantes caritas Christi*, 15).

Su vida pública es un continuo peregrinar alrededor de las ciudades del lago de Galilea y, sobre todo, en torno a Cafarnaún, sin olvidarnos de sus viajes al norte, en Tiro y Sidón; al sur, hacia Galilea; al este, en la Decápolis, y, más allá del Jordán, en Perea. Su experiencia de desvalimiento permite que Jesús ponga el acento en la acogida y la fraternidad, identificándose con los más pequeños y convirtiendo al migrante en signo de acogida de su reino: «Fui extranjero y me acogiste» (Mt 25,35).

Otro de los elementos del mensaje de Jesús es el universalismo. La llegada de un Reino para todos, sin excluidos, poniendo énfasis en los paganos y en los extranjeros. Esta característica deviene un componente esencial en las curaciones: el buen samaritano (Lc 10, 25-37), la mujer sirofenicia (Mc 7,24-30), el centurión (Mt 8,5-10) y la mujer samaritana (Jn 4,5-42), entre otros. La misión de Jesús desborda las fronteras de Israel y la acción del Espíritu empujará para llevar la Buena Noticia a todos los rincones del mundo. Sus seguidores perpetuarán este universalismo. El mismo Pablo, por ejemplo, dirá: «Ya no hay judío ni griego, ni hombre ni mujer, ni esclavo ni libre porque todos sois uno en Cristo» (Gal 3,28).

3 LA TRADICIÓN APOSTÓLICA, PADRES DE LA IGLESIA E INMIGRACIÓN

Puede encontrarse una incipiente reflexión sobre la movilidad humana en la tradición patristica (siglos I al VIII). Por ejemplo, con respecto a la hospitalidad cristiana, algunos padres apostólicos y, más tarde, los padres apologistas comenzaron una reflexión teológica: el Discurso a Diogneto, Clemente de Roma, Didajé, Orígenes, Lactancio, Basilio, Arístides, Juan Crisóstomo, Gregorio de Nisa y Ambrosio de Milán. «Habitan sus propias patrias, pero como inmigrantes (peregrinos); toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña» (A Diogneto 5, 1.5).

En Orígenes, en el comentario a la Epístola a los Romanos, se nos pide estar solícitos y activos en la hospitalidad: «Al decir que debemos ser solícitos en la hospitalidad (Rm 12,13) no sólo da a entender que recibamos al huésped que venga a nosotros, sino también que lo busquemos, que seamos solícitos, que escudriñemos e inquiramos con diligencia por todas partes, no sea que acaso se halle en alguna plaza y tenga que dormir sin techo».¹⁶

En el siglo IV, Juan Crisóstomo pone de relieve la hospitalidad sobre

otras necesidades materiales: «Pues piensa eso sobre Cristo. Él anda errante y peregrino, necesitado de techo; y tú te entretienes en adornar el pavimento, las paredes y los capiteles de las columnas, y en colgar lámparas con cadenas de oro... Todos estos tesoros se los pueden llevar...; cuanto hagas por tu hermano hambriento, inmigrante o desnudo, ni el mismo diablo te lo podrá arrebatar».¹⁷

Por su parte, san Ambrosio de Milán realiza ciertos planteamientos en defensa de las personas migrantes que

bien podrían firmarse en nuestros días: «De ninguna manera se debe aprobar a los que expulsan a los inmigrantes de la ciudad en tiempos de hambre, cuando los deberían ayudar más. Les separan de la relación con el Padre común, les niegan los frutos dados para todos, les separan de la comunidad de vida ya iniciada: no quieren repartir con los que tienen derechos comunes los recursos en tiempos de necesidad».¹⁸

San Agustín describe que la hospitalidad enriquece tanto al huésped, como a la persona que acoge: «Nadie se envanezca porque acoge al inmigrante: Cristo lo fue. Mejor era Cristo

acogido y socorrido que los que lo acogieron y socorrieron... Nadie, pues, hermanos míos, sea soberbio cuando socorre al pobre, ni diga en su espíritu: yo doy, él recibe; yo le admito en mi casa, él carece de techo. Acaso es más lo que tú necesitas. Quizá es justo aquel a quien acoges, y él necesita pan y tú verdad; él precisa techo y tú cielo; él carece de dinero y tú de justicia».¹⁹

Incluso Agustín llegará a plantearse su condición de migrante, en el mundo que habitamos y que es de todos: «¿Cómo podrás recibir a alguien de huésped si todos viven en su propia patria?».²⁰

4 LAS MIGRACIONES, UN DESAFÍO ECLESIAL: EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Si bien la atención que la Iglesia dedica a los inmigrantes puede encontrarse a lo largo de su historia, es a partir del siglo XIX cuando el Magisterio comienza a dedicar una especial atención a esta temática.

León XIII es el primer Papa que dedica un documento específico a las migraciones, autorizando mediante la carta *Quamaerumnosa* la constitución de parroquias nacionales, sociedades y patronatos a favor de los emigrantes. Los sucesores de este Papa continúan la línea de su predecesor, al instituir obras católicas específicas para los emigrantes. Pío X subraya el papel de las diócesis de origen en este servicio, mientras que Benedicto XV y Pío XI señalan la responsabilidad de la acogida por parte de las iglesias locales. En 1914, bajo el pontificado de Benedicto XV, se instaura la Jornada Mundial del Migrante y el Refugiado. Con Pío XII, que vive la guerra de 1939-1945 y sus secuelas (deportaciones masivas, exilios y destierros), se plantea la emigración desde la perspectiva de

los derechos permanentes y universales, basados en el principio de la solidaridad de los hombres en tanto que personas, y reconoce la salvaguarda de la “libertad natural a emigrar”. En la exhortación apostólica *Exsul Familia* (‘La familia en exilio’) propone a la Sagrada Familia en su exilio a Egipto como icono de las masivas migraciones forzadas que vivimos actualmente:

«La familia de Nazaret modelo y consuelo de los refugiados. La familia de Nazaret desterrada, Jesús, María y José, emigrantes a Egipto y refugiados allí para sustraerse a las iras de un rey impío, son el modelo, el ejemplo y el consuelo de los emigrantes y peregrinos de todos los tiempos y lugares y de todos los prófugos de cualquiera de las condi-

ciones que, por miedo de las persecuciones o acuciados por la necesidad, se ven obligados a abandonar la patria, los padres queridos, los parientes y a los dulces amigos para dirigirse a tierras extrañas» (Introducción 1).

En las encíclicas *Pacem in Terris* y *Mater et Magistra*, Juan XXIII reafirma los principios incoados por Pío XII y aporta nuevas luces ante los crecientes fenómenos de globalización que se iniciaron durante los años 60 (PT 106). El Concilio Vaticano II abundó en la misma línea, a la vez que propuso una legislación generosa con los recién llegados. La *Gaudium et Spes* incluye numerosas referencias al problema de los movimientos migratorios (GS 66). Pablo VI continúa en esta línea marcada por el Concilio y sus predecesores, e instituye la Comisión Pontificia para la Pastoral de las Migraciones.

El papa Juan Pablo II incluye en sus escritos múltiples referencias al problema de los emigrantes, desarrollando ampliamente la Doctrina Social de la Iglesia sobre este tema. Los últimos documentos de carácter social de Juan Pablo II, sobre todo *Laborem Exercens*, *Sollicitudo Rei Socialis*, *Centesimus Annus*, así como *Familiaris Consortio*, *Christi fideles Laici* y *Redemptoris Missio*, de carácter mayoritariamente eclesial, contienen una rica doctrina y numerosas y útiles orientaciones de tipo práctico para la Pastoral de la Movilidad Humana (LE, 23; SRS, 38; CA, 48; CL, 35-44; FC, 46; RM, 58). Uno de los principales subrayados de Juan Pablo II es el valor central de la persona. Asimismo, trans-

forma la Comisión Pontificia, creada por Pablo VI, en el Pontificio Consejo para la Pastoral de los emigrantes e itinerantes.

Benedicto XVI, durante cuyo pontificado se vive una crisis financiera global, plantea en *Caritas in Veritate* una mirada integral y más ética, con la que se reenfocan las relaciones internacionales, prestando especial atención a los flujos migratorios. En esta encíclica se plantea una auténtica autoridad política mundial y se habla de un desarrollo humano integral. En el año 2006, el papa Benedicto XVI presenta las migraciones como un “signo de los tiempos” (JME 2006).

Ante el gran aumento global de los flujos migratorios forzosos, el papa Francisco, procedente él mismo de una familia inmigrante, en varias encíclicas y documentos ministeriales (EG, AL, LS), insiste en brindar un gran apoyo y una mirada especial a los migrantes y refugiados.²¹ En la actualidad, se ha convertido en uno de los grandes líderes mundiales que ha puesto un foco especial en la realidad de dolor y sufrimiento, además de la riqueza y esperanza que aportan las personas migrantes.²² En enero de 2017, crea un nuevo Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, en el cual confluirán los Pontificios Consejos para la Justicia y la Paz, *Cor Unum*, para la Pastoral de los Migrantes e Itinerantes, y para la Pastoral de los Agentes Sanitarios. Debido a la importancia de esta realidad, el Papa se ocupará personal y temporalmente de la sección del nuevo Dicasterio que atenderá a los refugiados y a los migrantes.

5 ALGUNAS RECOMENDACIONES PARA SEGUIR EL CAMINO

Desde este contexto actual y desde la peregrinación del pueblo de Dios, ¿cuáles son las encrucijadas y las fronteras que necesitamos transitar como cristianos? A nuestro modo de ver, existen al menos cinco que nos plantean una mirada comprometida con la realidad: la encrucijada de la identidad, la de la dignidad, la de la justicia, la de la hospitalidad y la de la integralidad.²³

5.1 Identidad: ¿quién es mi familia?

Uno de los grandes debates que se viven en nuestras sociedades respecto de la realidad migratoria tiene que ver con la cuestión de la identidad,²⁴ planteada a través de distintas tensiones: seguridad nacional vs. inseguridad humana, ciudadanía nacional o europea vs. ciudadanía universal, etc.

Algunos teólogos católicos²⁵ han planteado la hipótesis de que, en los países occidentales, la mayoría de los cristianos se sienten cómodos con una idea de Estado nación en la que se acepta la asunción de que los países en los vivimos son “nuestros” y que,

como poderosos anfitriones, somos llamados a actuar benévola y caritativamente con los extranjeros. Muchos de estos discursos presuponen una noción de “nación” en tanto que sinónimo de ‘familia’ u ‘hogar’, expresado en términos como «la tierra de nuestros padres/madres o ancestros», «cuidar de nuestra herencia», «asegurar nuestros hogares».²⁶ En el otro extremo, se hallan aquellos creyentes que viven su ciudadanía como la manifestación del hecho de compartir la pertenencia a esa gran familia que es la de los cristianos, a través del cuerpo de Cristo.

Asimismo, es interesante explorar el Evangelio de Mateo para arrojar algo de luz sobre estos planteamientos:

Mateo inicia su capítulo primero con la genealogía de Jesús (Mt 1,17) y da cuenta de su *bona fides* familiar. Nos presenta a la Sagrada Familia antes (Mt 1,18-25), durante (Mt 2,10-15) y después del nacimiento de Jesús (Mt 2,19-23). El diablo fue el primero en llamarlo «Hijo de Dios» (Mt 4,3) y el propio Jesús se refiere a Dios como «Abba» (Padre) cuando enseña a rezar a sus discípulos. Si bien este lenguaje familiar abunda en el Evangelio, no es menos cierto que el inicio de la vida pública supone una cierta ruptura en la que el seguimiento de Jesús se sitúa por delante de los lazos de sangre (Mt 8,21-22).

En el décimo capítulo, Jesús instruye a los apóstoles en su misión, poniendo claramente por delante el seguimiento de la voluntad de Dios frente a cualquier otro cometido o mediación, incluso la familia (Mt 10,21). Desde esta perspectiva, hay dos pasajes que son muy esclarecedores, por ejemplo (Mt 10,34-39): «No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; y enemigos de cada cual serán los que conviven con él. El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará».

Y también (Mt 12,46-50): «Todavía estaba hablando a la muchedumbre, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera y trataban de hablar con él. Alguien le dijo: “¡Oye! ahí

fuera están tu madre y tus hermanos que desean hablarte”. Pero él respondió al que se lo decía: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”. Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: “Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”».

Desde esta mirada de conjunto, parece evidente que, en la vida de Jesús, el seguimiento y el discipulado predominan sobre los lazos familiares o el apego a su tierra natal. Por lo tanto, lo que dota de identidad a todo cristiano es, ante todo, seguir a Jesús, su vida de peregrino en esta tierra, más que los lazos de sangre o la pertenencia a esta o aquella nación. «Nuestra identidad reside no en el credo de una nación sino en quién somos como pueblo peregrino y nuestro movimiento de salida en la misión con los extranjeros necesarios».²⁷

Y es justamente en este movimiento de salida donde *el diálogo* se convierte en pieza clave para abordar los temas de identidad. Para diálogo que cobra un especial protagonismo en el diálogo interreligioso profundo: «Que el diálogo sincero entre hombres y mujeres de diversas religiones, conlleve frutos de paz y justicia».²⁸

5.2 Dignidad: ¿cómo nos ha creado Dios?

Una de las primeras cuestiones que llama la atención cuando alguien se acerca al mundo de la movilidad humana son los términos que se emplean: *migrante, refugiado, migrante forzo-*

so, refugiado de facto, migrante económico, inmigrante indocumentado o desplazado interno, entre otros. Encasillar a una persona en movimiento en una de estas etiquetas implica asumir unas connotaciones claramente legales, políticas, culturales, económicas y sociales. Etiquetar a las personas de este modo produce en muchos casos desigualdad, asimetría en las relaciones, exclusión, explotación, estigmatización y privilegios. En cierto modo, genera una forma de exclusión que algunos han tildado como nuevas formas de “colonización”.²⁹

Parte de la tarea de la teología de las migraciones es ahondar en estos términos, llevándolos a un nivel más profundo dentro de nuestra tradición judeo-cristiana. En el libro del Génesis se introduce una definición de ser humano que está en la base de la comprensión sobre la humanidad: el ser humano es creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26-27; 5,1-3; 9,6; 1Cor 11,7). Ninguna etiqueta o término aplicable a las personas migrantes puede compararse a la dignidad de ser imagen de Dios.

Recuerdo que, en una parroquia de Boston, una de las cuestiones que compartíamos con la comunidad salvadoreña, cuando celebrábamos los bautizos, era justo este planteamiento. En una comunidad donde un número considerable de personas había obtenido la ciudadanía; otros, la residencia permanente; otros, el permiso temporal, y un buen número eran indocumentados, recibir el bautismo se percibía como el reconocimiento de la dignidad de ser profeta, maestro y rey como el mismo Jesús, así como de ser llamados a ser hijos de Dios, a su imagen, formando

parte de una Iglesia sin fronteras. En el bautismo,³⁰ toda la comunidad, todos y cada uno de sus miembros, independientemente de la etiqueta recibida a nivel legal, se sentían coherederos y con la misma dignidad.

En algunos de los razonamientos que están en la base de los términos que se aplican a las personas migrantes, hay un claro planteamiento economicista o mercantilista. Muchas de las personas que emigran, además de huir de zonas en conflicto, lo hacen, a su vez, buscando un futuro mejor para los suyos, a la par que un empleo digno, educación para sus hijos, etc. En muchos casos, la etiqueta recibida tiene que ver con la posibilidad de obtener un permiso de trabajo y con la capacidad de obtener un trabajo real en los países de destino. Las sociedades que solo ven al inmigrante como mera mano de obra, hasta el punto de que acomodan sus políticas migratorias únicamente a las necesidades del mercado laboral, han sido duramente criticadas. Cuando se necesitan trabajadores, estos son útiles, pero, cuando no, son “desechables”. En palabras del escritor suizo Max Frisch (1965): «Pedimos mano de obra y vinieron personas». La Doctrina Social de la Iglesia plantea claramente que la economía está al servicio del ser humano y no el ser humano al servicio de la economía. Por eso la calidad moral de la economía no se mide por el PIB, sino por cómo la economía ayuda a mejorar la calidad de vida de toda la comunidad.³¹

Asimismo, la encíclica *Gaudium et Spes* n.º 24 vuelve a ahondar en este planteamiento de la igual dignidad de los seres humanos que forman una misma comunidad: «Dios, que cui-

da de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos. Todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios, quien hizo de uno todo el linaje humano y para poblar toda la haz de la tierra (Hch 17,26), y todos son llamados a un solo e idéntico fin, esto es, Dios mismo». ³²

Esos vínculos que nos unen a la familia humana reconocen la fraternidad como un nuevo paradigma en el cual el otro no es un sujeto que debe ir superando obstáculos dentro de la sociedad para ir ganando derechos, sino que es mi hermano.

Esta noción de “dignidad humana” está enraizada en la teología cristiana, pero tiene implicaciones de universalidad en otras tradiciones religiosas y filosóficas, incluso en muchas afinidades con los derechos humanos expresados en el Declaración Universal (1948) y en la Convención de Naciones Unidas relacionada con el estatus de los refugiados (1951). En *Pacem in Terris* n.º 145, se afirma que los derechos humanos derivan directamente de la dignidad humana y por ello son universales, inviolables e inalienables.

En definitiva, la creación a imagen y semejanza de Dios transmite una misma dignidad y fraternidad a todos los seres humanos que llevan tatuados en su corazón y que nada ni nadie podrá borrar. De ahí que ningún cristiano pueda consentir ni menos alimentar manifestaciones de racismo, xenofobia, ³³ discriminación u opresión ante ninguna persona, especialmente ante los más pobres y vulnerables, pues todos formamos una misma comunidad universal.

5.3 Justicia: ¿cuándo te vimos forastero y te acogimos?

En sus Ejercicios Espirituales, san Ignacio de Loyola propone la contemplación de la Encarnación: «Cómo las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez del mundo... se determina que la segunda persona se haga hombre, para salvar el género humano, y así venida la plenitud de los tiempos» EE [102]. Dios Trino mirando al mundo «en tanta diversidad,... unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos, otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo, etc... en tanta ceguedad» ³⁴ EE [106] decide enviar a Jesús. Es en la Encarnación donde el mismo Dios decide ponerse en camino y convertirse en un migrante.

En el Evangelio de Mateo se aprecia como el Dios de Jesús no solo toma naturaleza humana y emigra a este mundo, sino que él mismo se convierte en un refugiado cuando su familia sufre persecución política y tiene que huir a Egipto (Mt 2,13-15). Dios no se apoya en ningún privilegio humano ni se ahorra dificultades. El mismo Dios nace en un pesebre, sin morada y a la intemperie, lejos de la tierra donde vivía su familia. ¿Sabemos si la Sagrada Familia tenía todos los documentos en regla para poder viajar y cruzar la frontera hacia Egipto? No lo sabemos con certeza. En este pasaje se aprecian al menos dos idolatrías que desde una perspectiva migratoria tienen una considerable entidad: la de la ley y la del sedentarismo.

Si nos acercamos al ámbito legal desde una perspectiva teológica, observamos como existen diferentes

leyes que afectan a la realidad de las migraciones. Según Tomás de Aquino podríamos distinguir cuatro tipos de leyes: la ley natural, la ley civil, la ley divina y la ley eterna.³⁵ Mientras la política se centra principalmente en la ley civil, la Iglesia tiene en cuenta también las otras.³⁶ Así, con respecto a la migración, si una ley civil excluye al pobre sin tener en cuenta la ley natural –como, por ejemplo, aquellas leyes que penalizan al que da cobijo al necesitado o aquellas promueven la explotación o la extorsión–, entonces diríamos que son leyes injustas. Si una ley civil favorece o permite que miles de personas mueran en el mar sin posibilidad de sobrevivir, esa ley no tiene en cuenta la ley divina de no matar, por lo que del mismo modo sería una ley injusta. En algunos casos, la injusticia puede llegar a legalizarse cuando las estructuras sociales favorecen a la clase privilegiada y excluye a los más vulnerables. ¿Debe, entonces, un cristiano obedecer una ley injusta?

La cuestión sobre la legislación migratoria y el control de fronteras se plantea también en el marco teológico, y más concretamente en el intento de buscar respuestas en la Escritura. En esta línea es interesante el debate mantenido entre Carroll³⁷ y Hoffmeier³⁸, dos doctores y profesores del Antiguo Testamento en universidades estadounidenses. Por un lado, Hoffmeier señala en la Biblia numerosos paralelismos y un refrendo del modelo que muchos países occidentales (más en concreto Estados Unidos) están aplicando en sus políticas migratorias actuales. Por su parte, Carroll ve con claridad que la visión cristiana que se describe en la Biblia favorece una relativización de

las fronteras frente a auxiliar al perseguido y desvalido. Es interesante seguir este debate y elaborar nuestra propia síntesis. En mi caso, comparto la tesis de Carroll al defender que las fronteras tienen un valor, pero son un medio no un fin en sí mismo. Las fronteras no pueden prevalecer frente al ser humano. En ellas, se debe salvaguardar el auxilio al desvalido y no se pueden vulnerar los derechos básicos de los individuos. Otra idolatría que se percibe es la del sedentarismo. Si bien está comúnmente aceptado que el género humano tiende a establecerse y a buscar ciertas seguridades, habría que ser cuidadoso y no presuponer lo sedentario como normativo. Establecerse, como opuesto a moverse, puede fácilmente convertirse en un ídolo –privilegiando a aquellos que se establecen y marginalizando a aquellos que están en movimiento, especialmente a los migrantes. Según Matovina y Tweed (2012), a lo largo de la historia se ha asociado “arraigo” con “civilización” y “aceptación”, y “movilidad” con “barbarie” y “criminalidad”; pero los inmigrantes nos ofrecen una invitación a “re-cordar” (pasar por el corazón) la esencia de la identidad cristiana, en tanto que peregrinos en este mundo. De alguna manera, nos recuerdan que caminar y no solo establecerse es un elemento central para el cristiano.

En este contexto donde se asocia de forma prejuiciosa a una persona indocumentada y en movimiento con un criminal, y teniendo como base común la dignidad de todos los seres humanos, no podemos hablar de personas ilegales, sino de personas indocumentadas. Quizás de personas que cometen una infracción administrativa cuando

entran en un país sin la debida documentación en regla, pero no son criminales. No puede aplicárseles la misma normativa, ni *de facto* el mismo trato, que a otras personas que están cumpliendo penas, en modelos de centros de detención o carcelarios.

Hace pocas semanas conversaba con una familia refugiada siria, que llevaba cuatro años vagando por el norte de África, huyendo de la guerra, de la muerte y de la destrucción. Tras años en Argelia y después en Marruecos, entraron a España por la oficina de asilo y refugio en Melilla. Una familia dividida por la guerra, por la necesidad, por las mafias. A su llegada a España, fueron conducidos al Centro de Estancia Temporal para Inmigrantes (CETI), un centro sobresaturado, sin instalaciones para acoger a una familia en su conjunto, ni a niños o bebés. La madre me decía: «Además de la penuria pasada en el viaje; ahora, retenidos. ¿Por qué nos retienen? No somos criminales. ¿Por qué pasan las semanas y seguimos viviendo esto?».

Si proseguimos con el mismo razonamiento anterior, los migrantes indocumentados infringen una ley civil, pero en la gran mayoría de los casos están honrando la ley natural y divina de cuidar de los suyos en casos de extrema necesidad o de violencia generalizada.

Es en este contexto de injusticia, de conflicto, de ceguera donde Dios se encarna. La misericordia de Dios se pone en camino haciendo redención y practicando la justicia; mueve a la acción. Un Dios que, dándose gratuitamente, se vacía de sí mismo de todo, menos de amor, y se convierte en uno de tantos, especialmente en un migrante,

pasando por una condición de vulnerabilidad y de acompañamiento en un profundo acto de solidaridad divina. El pasaje de Mateo 25 nos presenta así a Jesús: «¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos?... En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,38-40). Jesús se convierte en el refugiado. Si Dios se convierte en un migrante, eso implica que en el contacto con los migrantes y refugiados conocemos más de cerca cómo es Dios.³⁹ «En cada uno de estos “más pequeños” está presente Cristo mismo».⁴⁰

5.4 Hospitalidad: ¿con quién comparte mesa Jesús?

Jesús va descubriendo en su vida que la única ley que tiene sentido es la ley del Amor (Jn 13,34). El Amor que nos permite saltar por encima de nuestros miedos, de las inseguridades humanas y que se abre gratuitamente a los demás. Un amor que recibimos gratuitamente de Dios y que, a la vez, nos invita a donarlo a los demás. «Gratis lo recibisteis, dadlo gratis» (Mt 10,8). Jesús realiza su misión como migrante, como peregrino en tierra extraña, incomprendido por los suyos, siempre en camino, sin casa ni sustento propio. En el camino va actualizando y haciendo presente el Reino. Es en el camino donde tiene la oportunidad de encontrarse con el desvalido, con la viuda, con el leproso, con la pecadora, con el recaudador de impuestos, con los pecadores, con los escribas y con aquellos que son excluidos por la sociedad. Una invitación que recibió la primera

Iglesia desde sus orígenes y que la dinamizó para ponerse en camino, para hacerse peregrina, migrante, llevando la buena noticia, la ley del Amor, a todos los rincones del mundo.

Un elemento central de la misión de Jesús y, por ende, de la Iglesia es la hospitalidad,⁴¹ una hospitalidad que se vive de una manera especial a través del ministerio de la reconciliación, de tender puentes en un mundo roto, saltando los límites de lo legal-ilegal, de lo puro-impuro y de la inclusión-exclusión. Es desde la mirada misericordiosa de Dios donde la Ley, lo legal, lo puro cobran su más profundo sentido y ocupan su lugar como medios y no como fines (Mc 2,23-3,6; Lc 6,1-22; Mt 12,1-14). «Para Jesús, la misericordia de Dios no puede contenerse dentro de los muros de mentes limitadas, y desafía a la gente a reconocer una ley mayor basada en la incalculable misericordia de Dios antes que en nociones restrictivas sobre lo digno o indigno».⁴² El ministerio de la reconciliación⁴³ parte de la mirada misericordiosa y amorosa de Dios. Siguiendo con el pasaje de los Ejercicios de San Ignacio, la Trinidad miró al mundo y dijo «Hagamos redención del género humano» EE [107].

Día tras día, millones de personas viven un calvario lidiando con los límites de lo puro-impuro, de la exclusión y de la inclusión. Recuerdo que hace años, en un pequeño pueblo del interior de la India, paseaba con unos niños que vivían en un centro de acogida para huérfanos de familias *dalits* ('intocables'). Paseamos por calles angostas, bromeando y jugando, hasta que llegamos a un arco. Allí, varios hombres nos gesticulaban exagerada-

mente para que no pasáramos. Pronto me di cuenta de que el pueblo estaba dividido por castas, igual que las clases de una escuela... Nadie podía tocar a esos niños, eran hijos de los intocables. De hecho, me impresionó el testimonio de la profesora de la escuela, quien había elegido la opción de perder la "puridad" dando clase a esos niños: ya ningún hombre se casaría con ella.⁴⁴

La familia migrante es un espacio privilegiado para la hospitalidad. El propio papa Francisco, en la exhortación apostólica *Amoris Laetitia* (46), indica: «Las migraciones representan otro signo de los tiempos que hay que afrontar y comprender con toda la carga de consecuencias sobre la vida familiar. La movilidad humana, que corresponde al movimiento histórico natural de los pueblos, puede revelarse una auténtica riqueza, tanto para la familia que emigra como para el país que la acoge» (AL 46). Necesitamos tener una mirada especial para aquellas familias que viven experiencias migratorias dramáticas y devastadoras, en especial cuando tienen lugar fuera de la legalidad y las sostienen los circuitos internacionales de la trata de personas. También cuando conciernen a las mujeres o a los niños no acompañados.

La hospitalidad de Jesús, como en nuestros días, se apoya en "pilares sólidos": acoger en el hogar e invitar a la mesa; crear espacios de encuentro para ayudar a sanar, compartir, reconciliar, discernir, celebrar y ser testigos de esperanza.⁴⁵

Mirando la vida de Jesús, sus comidas y celebraciones son un elemento central en su experiencia como migrante o como peregrino. ¿Con quién se sentaba a la mesa? ¿Quiénes eran

sus invitados predilectos? En muchas ocasiones, Jesús se sienta a la mesa con pecadores, reconfigurando las barreras de la puridad, con aquellos que vivían marginados por razones económicas (Lc 7,11-17), de salud (Lc 7,22; Mc 10,46; Jn 9,8), raciales (Lc 7,1-10), religiosas (Lc 7,24-35) y morales (Lc 7,36-50). Su invitación a la mesa fue una buena noticia para los pobres y excluidos, aunque en muchos casos le supuso rechazo y fue motivo de escándalos.⁴⁶ Algunos teólogos opinan que su manera de transitar por las categorías de la inclusión y la exclusión, sobre todo en su forma de sentarse a la mesa, fue lo que le llevó a ser juzgado y crucificado: «Jesús fue crucificado por la forma en que comía».⁴⁷

En palabras de J. Jeremías: «Toda comunidad de mesa es para un oriental, garantía de paz, de confianza, de fraternidad; comunidad de mesa significa comunidad de vida. Para un oriental está claro que, admitiendo a pecadores y marginados a la mesa, Jesús ofrece salvación y perdón. Por eso reaccionan violentamente los fariseos».⁴⁸

Es en la mesa donde todo cobra sentido, donde los de Emaús reconocieron a Jesús «al partir el pan»;⁴⁹ es en la Eucaristía, en la fracción del pan compartido y de la sangre derramada, donde recordamos a Jesús. Jesús es hospitalario hasta el extremo. En este sentido, la hospitalidad se vuelve misericordia, abre las puertas, acoge al desvalido, al excluido (Lc 10,25-37).

Jesús era hospitalario y sentaba a la mesa a todo aquel que se encontraba en el camino, festejando, anticipando la mesa compartida del Reino de Dios (Lc 15,11-32). Una fiesta, una celebración que, comparando con la acogida

de refugiados y migrantes en Europa, algunos autores han descrito como «celebraciones de encuentros interculturales que pueden llegar a ser experiencias modernas del Espíritu Santo»,⁵⁰ como en Pentecostés (Hch 2,1-13).

5.5 Integralidad: ¿está todo conectado?

Vivimos en un mundo donde la globalización y la interdependencia afectan de forma directa o indirecta a todas las personas, comunidades y naciones del planeta. Nuestra red de comunicaciones tanto terrestres, como marítimas y aéreas, sin mencionar las electrónicas, está creciendo de forma exponencial. En este mundo global, interconectado y complejo, lo que sucede en una parte del planeta afecta de una manera u otra a millones de personas en otros rincones. Por ejemplo, un desplome en la cotización del cacao en la bolsa de Londres afecta a millones de agricultores en medio mundo. Asimismo, cuando miramos muchas de las etiquetas de la ropa que compramos, descubrimos toda una cadena de producción y ensamblaje que recorre medio mundo: las primeras etapas del proceso, más intensivas en mano de obra, suelen aprovechar al máximo a los países en vías de desarrollo y, las últimas, generalmente junto al beneficio de las ventas, se desarrollan en los países del Norte.⁵¹

San Pablo expresa muy bien esta idea de que estamos conectados mediante la metáfora del cuerpo humano, en referencia a la Iglesia y a nuestra conexión con Jesús. Todos formamos un solo cuerpo en Cristo (1Cor 12,12). Cada uno somos diversos miembros,

con funciones diversas (Rm 12,4), pero un solo cuerpo (1Cor 12,27). Por eso, lo que afecta a uno de los miembros afecta al resto, pues todos somos uno.

En nuestra tradición, esta misma imagen de interconexión, en especial con la tierra y el medio ambiente, se vive con gran fuerza desde los relatos de la creación (Gn 1-3) donde Dios es la fuente y se involucra en todo lo creado, conmoviéndose y acompañándolo, especialmente a través de su Hijo, hasta la consumación en la nueva creación (2Cor 5,17).

Jesús crece en un ambiente rural, de ahí que toda su vida y predicación tengan como referencia simbólica los elementos de la naturaleza, las cosechas, etc. Esta interconexión de lo creado con Dios es expresada por el propio Jesús utilizando metáforas muy conectadas con la creación: «Yo soy la vida verdadera, y mi Padre es el viñador... Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid... Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto... La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos» (Jn 15,1-8).

Esta interconexión que vivimos, mencionada también por Jesús, nos plantea retos cada vez mayores, que implican compromisos más fuertes, junto a una necesidad de respuestas resistentes y transformadoras. Uno de estos grandes retos son las migraciones medioambientales. En la actualidad, la población que debe abandonar su hogar a causa de los problemas generados por las catástrofes naturales, el calen-

tamiento global, la concentración de gases de efecto invernadero, el crecimiento del nivel del mar u otros episodios naturales extremos es, en general, superior a los desplazados por conflictos bélicos, razones políticas o socioeconómicas. Se cree que, al año, 25 millones de personas se ven forzadas a dejar su hogar por causas ambientales. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) calcula que, en los próximos 50 años, entre 250 y 1000 millones de personas perderán sus casas y propiedades, o se verán obligadas a dejar su territorio, incluso su país.

Como comentábamos anteriormente, nuestro mundo nos plantea retos más complejos cada día, que requieren respuestas también complejas, resistentes y transformadoras, que intenten mirar la realidad en sus diversas perspectivas; es decir, en su conjunto. No podemos ofrecer respuestas parciales a un reto complejo y global. El papa Francisco ha consagrado un concepto, “ecología integral”, con el que plantea un vínculo entre los asuntos ambientales y las cuestiones sociales, un vínculo que en las migraciones ambientales tiene un nexo ineludible.

Para Francisco, «el análisis de los problemas ambientales es inseparable del análisis de los contextos humanos, familiares, laborales, urbanos, y de la relación de cada persona consigo misma» (LS 141), porque «no hay dos crisis separadas, una ambiental y la otra social, sino una única y compleja crisis socio-ambiental» (LS 139). En este contexto, «es trágico el aumento de los migrantes huyendo de la miseria empeorada por la degradación ambiental, que no son reconocidos como

refugiados en las convenciones internacionales y llevan el peso de sus vidas abandonadas sin protección normativa alguna» (LS 25).

En este proceso, se tiene en cuenta la Tierra como un bien común (LS 156), que compartimos con otros y del cual somos responsables ante generaciones futuras (“solidaridad intergeneracional”); además, va unida a una opción preferencial por los más pobres (LS 158), las principales víctimas de las migraciones medioambientales (LS 48) y que en muchos casos, a causa de las brechas digital y financiera, entre otras, no llegan a tocar con sus propias manos la bondad de este mundo interconectado.

Todo está conectado, por eso esta crisis ecológica que afecta a todo es, en último término, una crisis espiritual que enraíza en una desconexión del ser humano consigo mismo, con la tierra, con sus semejantes y con Dios. Por esa razón, necesitamos hacer una “conversión ecológica”; esto es, apostar por otro estilo de vida (LS 203-208) y plantear una educación ambiental (LS 213).

El concepto teológico de “reconciliación” expresa esa mirada integral

y el propio modo de ser de Dios, que «nos reconcilió con él en Cristo y que nos confió el ministerio de la reconciliación, pues, por medio de Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo» (2Cor 5,18-19). Esta conversión ecológica, esta mirada integral, es en el fondo una misión que busca restablecer relaciones justas con nosotros mismos, con los demás, con la creación y con Dios (CG 35 y 36).

En resumen, tenemos un desafío urgente, para cuidar y proteger nuestra casa común, que incluye el fortalecimiento de la conciencia de que somos una sola familia humana, y nuestra necesidad de conversión ecológica. Nuestra mirada desde las migraciones desborda toda perspectiva parcial, por lo que nos enfrentamos al reto de buscar «un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar. El Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor» (LS 13). Pero esta solución requiere de «una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza» (LS 139).

6 RECAPITULANDO

La realidad migratoria como “signo de nuestros tiempos”⁵² necesita ser apropiada con mayor intensidad y profundidad por la reflexión teológica.

El contexto actual de las migraciones a nivel mundial y la invitación que recibimos a redescubrir una mirada misericordiosa ante esta misma realidad, nos plantea cinco encrucijadas: la de la identidad, la de la dignidad, la de la justicia, la de la hospitalidad y la de la integralidad.

En primer lugar, la identidad de todo cristiano asienta sus raíces primordialmente en el seguimiento de Jesús, en su vida de peregrino, de caminante, y no en los lazos de sangre o de pertenencia a una etnia o nación. Esa identidad se construye desde el diálogo.

La segunda encrucijada es la dignidad: el ser humano es creado a imagen y semejanza de Dios. Esta filiación que nos abre a la fraternidad dota de una misma dignidad a todas las personas que nada ni nadie podrán borrar

jamás. Por tanto, como cristianos nos reconocemos miembros de una misma comunidad universal en la que no tienen cabida el racismo, la xenofobia o la opresión de ninguna persona.

En tercer lugar, Dios se dona gratuitamente vaciándose de sí mismo y se encarna en el mundo, pasando por una condición de vulnerabilidad y de acompañamiento en un profundo acto de solidaridad divina. En este sentido, la misericordia de Dios se pone en camino practicando la justicia. Jesús, en este proceso de donación, se convierte en un migrante: «¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos?... En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,38; 40). Por lo tanto, si Dios mismo se convierte en un migrante, eso implica que en el en-

cuentro con los migrantes y refugiados conocemos más de cerca y en profundidad cómo es Dios.

En cuarto lugar, la hospitalidad, que nos abre a uno de los elementos centrales de la misión de Jesús y cobra un acento especial a través del ministerio de la reconciliación y de la celebración. En un mundo que en ocasiones se presenta roto y resquebrajado, el cristiano es llamado a tender puentes saltando los límites de lo legal-ilegal, de lo puro-impuro y de la inclusión-exclusión. Asimismo, la hospitalidad tiene un gran pilar en la celebración, en el convocar a la mesa, al banquete. Jesús invita a su mesa, a celebrar, a aquellos a los que la sociedad rechaza o demoniza. Es en esta capacidad de hospitalidad, en ese sentarse a la mesa, donde Jesús anticipa el Reino de Dios. Esa forma de hacer hospitalidad lo llevó a la cruz.

La última encrucijada, pero no por ello la menos importante, es la integralidad. Dios nos ha creado como una sola familia con el convencimiento de que todo está conectado. En cierto modo, la globalización nos deja atisbar lo que esto puede significar, pero nece-

sita poner en el centro a las personas, a la creación, a Dios; y no a intereses económicos o políticos. Las migraciones medioambientales plantean un serio interrogante a nuestro mundo que no puede enfrentarse de manera parcial o sesgada. Necesitamos caminar hacia un desarrollo sostenible e integral, que devuelva la dignidad a las personas y al medio ambiente.

¿Quién es mi familia? ¿Cómo nos ha creado Dios? ¿Cuándo te vimos forastero y te acogimos? ¿Con quién comparte mesa Jesús? ¿Está todo conectado? Estas cinco preguntas siguen alentando, retando y cuestionando la manera de acercarnos a la realidad de los migrantes en nuestro tránsito por una teología de las migraciones.

Además de campañas mediáticas y acciones de incidencia política a favor de las personas migrantes más vulnerables, quizás nuestra Iglesia y todos nosotros necesitemos una mirada que, desde la *identidad*, la *dignidad*, la *justicia*, la *hospitalidad* y la *integralidad*, impregne la vida ordinaria de la Iglesia, nuestros corazones y los de nuestras comunidades, y sobre todo que nos conmueva y nos impulse a la acción.

7 ORACIÓN EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DE LAS MIGRACIONES

Concluimos con una oración que el papa Francisco, en memoria de las víctimas de las migraciones, realizó en Lesbos, en abril de 2016, junto a su Beatitud Ieronymos, arzobispo de Atenas y de toda Grecia, y su Santidad Bartolomé, Patriarca Ecuménico de Constantinopla.

Dios de Misericordia,
te pedimos por todos los hombres, mujeres y niños
que han muerto después de haber dejado su tierra,
buscando una vida mejor.
Aunque muchas de sus tumbas no tienen nombre,
para ti cada uno es conocido, amado y predilecto.
Que jamás los olvidemos,
sino que honremos su sacrificio con obras más que con palabras.

Te confiamos a quienes han realizado este viaje,
afrentando el miedo, la incertidumbre y la humillación,
para alcanzar un lugar de seguridad y de esperanza.
Así como tú no abandonaste a tu Hijo
cuando José y María lo llevaron a un lugar seguro,
muéstrate cercano a estos hijos tuyos
a través de nuestra ternura y protección.
Haz que, con nuestra atención hacia ellos,
promovamos un mundo en el que nadie se vea forzado a dejar su propia casa
y todos puedan vivir en libertad, dignidad y paz.

Dios de misericordia y Padre de todos,
despiértanos del sopor de la indiferencia,
abre nuestros ojos a sus sufrimientos
y libranos de la insensibilidad, fruto del bienestar mundano

y del encerrarnos en nosotros mismos.
Ilumina a todos, a las naciones, comunidades y a cada uno de nosotros,
para que reconozcamos como nuestros hermanos y hermanas
a quienes llegan a nuestras costas.
Ayúdanos a compartir con ellos las bendiciones
que hemos recibido de tus manos y a reconocer que juntos,
como una única familia humana,
somos todos emigrantes, viajeros de esperanza hacia ti,
que eres nuestra verdadera casa,
allí donde toda lágrima será enjugada,
donde estaremos en la paz y seguros en tu abrazo.

1. GUTIÉRREZ, Gustavo (1975). *Teología de la Liberación: perspectivas*. Salamanca: Sígueme, pág. 38.
2. RAHNER, Karl (1986). «Dios del conocimiento» en *Oraciones de Vida*. Madrid: Publicaciones Claretianas, pág. 31.
3. BEVANS, Stephen B. (2004). *Modelos de Teología Contextual*. Quito: Verbo Divino, pág. 3.
4. BEVANS (2004). *Op. Cit.*, pág. 24.
5. BEVANS (2004). *Op. Cit.*, pág. 29-30.
6. BEVANS (2004). *Op. Cit.*, pág. 31.
7. FISICHELLA, Rino (1993). *Introducción a la teología fundamental*. Estella: Verbo Divino.
8. Pueden encontrarse datos y testimonios actualizados en los portales digitales de la OIM, www.iom.int/; de ACNUR, www.acnur.org/; del SJR Internacional, www.jrs.net y del SJM España, www.sjme.org/ (último acceso, marzo de 2017).
9. ARES, Alberto (2015). *Inmigración y nuevas encrucijadas. Cómo ser profeta en un mundo diverso*. Barcelona: Cristianisme i Justícia. Colección virtual, núm. 9, págs. 4-14.
10. ARES, Alberto (2017). *La rueda migratoria: tejiendo historias y experiencias de integración*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas
11. MATOVINA, Timothy y TWEED, Thomas (2012). «Migration Matters: Perspective from Theology and Religious Studies». *Apuntes: Reflexiones teológicas desde el contexto Hispano-Latino* 32, pág. 4.
12. Benedicto XVI, citando el concilio ecuménico Vaticano II y la constitución *Gaudium et Spes*, 4 reconoce que «entre los signos de los tiempos reconocibles hoy se pueden incluir ciertamente las migraciones» (Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado 2006). Asimismo, el Papa Francisco presenta las migraciones como un signo de los tiempos en el Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y refugiado 2018.
13. GS 4-6, 63, 65.
14. CAMPESE, Gioacchino (2012). «The irruption of migrants: theology of migration in the 21st century». *Theological Studies*, 73(1), 3-32.
15. MARTÍNEZ, Julio Luis (2007). *Ciudadanía, migraciones y religión: un diálogo ético desde la fe cristiana*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, pág. 51.
16. *Orígenes*. Comentario a la Epístola a los Romanos, XII, 13.
17. CRISÓSTOMO, Juan. *Homilias sobre San Mateo*, homilía L, 4 y 5.
18. DE MILÁN, Ambrosio, *Sobre los deberes de los ministros*, III, VII, 45.
19. SAN AGUSTÍN, *Sermones*, sermón 239,4.
20. SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los salmos*, salmo 83,8.
21. Para profundizar en la comprensión de la mirada del papa Francisco sobre las migraciones: ARES, Alberto (2014). «El Papa Francisco: una mirada a las migraciones». *Revista Corintios XIII* (151-152), Madrid, págs. 184-200.
22. ARES, Alberto (2014). «El Papa Francisco: una mirada a las migraciones». *Revista Corintios XIII* (151-152), Madrid.
23. Para elaborar este apartado, me he apoyado en una reflexión anterior de ARES, Alberto (2016). «Cuándo te vimos forastero y te acogimos: Transitando una teología de las migraciones». *Revista Corintios XIII* (157), Madrid, págs. 69-83.
24. Dos interesantes reflexiones sobre identidad desde la teología de las migraciones pueden encontrarse en CASTILLO, Jorge (2013). «Teología de la migración: movilidad humana y transformaciones teológicas». *Theologica Xaveriana*, 63 (176), págs. 367-401; PHAM, Hung (2015). «“Am I my Brother’s Keeper?” Searching for a spirituality for immigrants». *The Way*, Vol. 54. núm. 3, págs. 31-43.
25. BUDDE, M. L. (2006). «“Who is My Mother?” Family, Nation, Discipleship, and Debates on Immigration». *Journal of Scriptural Reading*, págs. 67-76.
26. En algunos idiomas, como el inglés, estos términos cobran un sentido más plástico: *fatherland, motherland, homeland security, securing our backyard*.
27. GROODY, Daniel G. (2013). «The Church on the Move: Mission in an Age of Migration». *Mission Studies* 30, pág. 41.

28. PAPA FRANCISCO (2016). *El Video del Papa Francisco*. Red Mundial de Oración del Papa.
29. ELIZONDO, Virgilio (2007). «Culture, the Option for the Poor, and Liberation. The Option for the Poor» en *Christian Theology*, págs. 157-168.
30. Una reflexión muy interesante desde el ámbito teológico puede encontrarse en: BUDDE, Michael (2011). *The Borders of Baptism: Identities, Allegiances and the Church*. Theopolitical Visions, Eugene, CO., Cascade Books. Este autor plantea que la principal identidad para todo cristiano viene mediada por el bautismo y desde su pertenencia a una comunidad transnacional que es la Iglesia, con todas las implicaciones que esto supone desde la Eclesiología de la Solidaridad para el ámbito de las migraciones, entre otros. Sobre la Iglesia como espacio transnacional, véase también: ARES, Alberto (2011). «Iglesia como espacio transnacional. La religiosidad popular que viaja de Ecuador a España: la devoción a la Virgen del Quiche». *Revista Migraciones* núm. 29. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, págs. 175-192.
31. PAPA FRANCISCO (2013). *Evangelii Gaudium* núm. 93.
32. CONCILIO VATICANO II (1965). *Gaudium et Spes*, núm. 24.
33. Es interesante la reflexión y la invitación a cambiar la “Xenophobia” por la “Xenophilia”, entendida como “hospitalidad, amor y cuidado al extranjero” en: RIVERA-PAGÁN, Luis N. (2012), «Xenophilia or Xenophobia». *The Ecumenical Review*, 64, págs. 575–589.
34. DE LOYOLA, Ignacio (1990). *Ejercicios espirituales*. Santander: Sal Terrae.
35. DE AQUINO, Tomás. *Summa Theologiae (Textus Leoninus)*, Taurini-Romae, Marietti, 1950. Versión en español: *Suma Teológica de santo Tomás de Aquino*, edición bilingüe, texto de la Edic. Leonina y versión en español, PP. Dominicanos, 16, 1947-1960.
36. GROODY, Daniel G. (2013). «The Church on the Move...». *Op. Cit.*, pág. 37.
37. CARROLL, M. Daniel (2013). *Christians at the Border: Immigration, the Church, and the Bible*. Brazos Press.
38. HOFFMEIER, James K. (2009). *The immigration crisis: immigrants, aliens, and the Bible*. Wheaton: Crossway.
39. MATOVINA, Timothy y TWEED, Thomas (2012). «Migration Matters...», *Op. Cit.*, pág. 13.
40. PAPA FRANCISCO (2015). *Bula Misericordiae Vultus*, 15.
41. GONZÁLEZ, Miguel (2015). *De la Hostilidad a la Hospitalidad*, Barcelona: Cristianisme i Justícia, núm. 196.
42. GROODY, Daniel G. (2009). «Crossing the divide: Foundations of a theology of migration and refugees». *Theological studies*, 70(3), pág. 658.
43. SCHREITER, Robert (2008). «Migrants and the Ministry of Reconciliation», en GROODY, Daniel G. y CAMPESE, Gioacchino (ed.). *A Promised Land, A Perilous Journey: Theological Perspectives on Migration*. Paris: Notre Dame Press.
44. El sistema de castas se abolió en 1950, pero persiste en muchos lugares de la India, en particular dentro del ámbito rural.
45. Para profundizar en las Comunidades de Hospitalidad, véase: ARES, Alberto (2015). «Comunidades de Hospitalidad». *Revista Jesuitas*. Jesuitas Social. Madrid.
46. SICRE, J. L. (2015). «Jesús y las periferias». *Sal Terrae* 103/11, págs. 947-959; GROODY, Daniel G.. (2009). «Crossing the divide...», pág. 657.
47. KARRIS, Robert J. (1985). *Luke: Artist and Theologian*, Nueva York: Harper & Row, pág. 47. Lo mismo se encuentra en PERRIN, Norman (1967). *Rediscovering the Teaching of Jesus*, Nueva York: Harper & Row, págs. 102-107.
48. JEREMIAS, Joachim (1972). *La dernière Cène, les paroles de Jésus*, París: Éditions du Cerf, pág. 243.
49. Sobre una lectura de teología política desde la clave eucarística: IZUZQUIZA, Daniel (2010). *Al partir el pan. Notas para una teología política de las migraciones*. Barcelona: Cristianisme i Justícia, núm. 169.
50. BEDFORD-STROHM, Heinrich (2008). «Responding to the Challenges of Migration and Flight from a Perspective of Theological Ethics» en *Churches' Commission for Migrants in Europe, Theological Reflections on Migration*. Bruselas, pág. 46.
51. Un libro muy sugerente, actual y que aporta propuestas desde lo cotidiano es BALLESTEROS, Carlos (2016). *Las cuentas de la vieja. Apuntes para el empoderamiento y la soberanía económicas*. Madrid: San Pablo.
52. CAMPESE, Gioacchino (2008). *Hacia una teología desde la realidad de las migraciones: Método y desafíos*. Jalisco. Cátedra Eusebio Kino SJ., Guadalajara.

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

1. El cuaderno plantea la realidad migratoria como un signo de los tiempos. A la luz de los datos que se ven reflejados y del peso que el debate migratorio tiene en nuestro mundo actual. ¿Cuál sería a tu modo de ver la mejor manera de acercar esta realidad de las personas en movimiento en tu contexto más cercano?
2. La Biblia describe a Abraham, como padre de la fe desde la experiencia fundante como migrante. Este elemento es recordado en diversos momentos en la Biblia: «Mi padre fue un arameo errante» (Dt 26,5). ¿Crees que el cristianismo y las otras religiones del libro que tienen a Abraham como su padre en la fe, viven esta realidad migratoria como constitutiva de su propia experiencia religiosa?
3. El Pueblo de Dios se configura como comunidad creyente en dos hitos cruciales conectados con la experiencia de pueblo migrante: el exilio en Egipto y el éxodo a la tierra prometida. ¿Eras consciente de ello antes de hacer esta reflexión? ¿Sabes cuantas veces se hace referencia en la Biblia a estos dos acontecimientos asociados a la realidad migratoria?
4. Jesús se reconoce asimismo como el migrante, desde sus orígenes. Mateo presenta la infancia de Jesús y la Sagrada Familia bajo una experiencia muy dura de migración forzada (Mt 2,14-15). El mismo Lucas, narra el nacimiento de Jesús fuera de la ciudad, como una familia migrante, «porque no había sitio para ellos en la posada» (Lc 2,7). ¿Habías caído en la cuenta de esta realidad en la vida de Jesús? Te invitamos a que intentes hacer una relectura de tu vida a la luz del “hilo migratorio”. Tal vez reconociendo tus orígenes y los de tu familia, cayendo en la cuenta de toda tu experiencia peregrina en la vida, etc.
5. «De ninguna manera se debe aprobar a los que expulsan a los inmigrantes de la ciudad en tiempos de hambre, cuando los deberían ayudar más. Les separan de la relación con el Padre común, les niegan los frutos dados para todos, les separan de la comunidad de vida ya iniciada: no

quieren repartir con los que tienen derechos comunes los recursos en tiempos de necesidad». ¿Sabes cuándo se denunciaron estas prácticas? Las narra San Ambrosio en el siglo IV. Palabras tan antiguas, pero tan actuales. ¿Qué enseñanzas has podido aprender de los mensajes que nos expresan los Santos Padres tantos siglos atrás?

6. El Papa Francisco, así como sus predecesores han reconocido la importancia y la necesidad de «acoger, proteger, promover e integrar a los emigrantes y refugiados» (JMM 2018). El mismo Papa Francisco ha realizado hechos concretos, visitas y acciones de acogida, animando a toda la comunidad cristiana en esta dirección. El Papa Francisco nos dice sobre la acogida a los migrantes y refugiados: «Acoger al otro es acoger a Dios en persona». ¿Cómo has recibido esta invitación desde tu experiencia personal o de tu comunidad? ¿Conoces experiencias de personas concretas que han vivido esta experiencia de éxodo?
7. El cuaderno plantea cinco encrucijadas en el ámbito de las migraciones: identidad, dignidad, solidaridad, hospitalidad e integralidad. Cada una de ellas viene acompañada de una cuestión: ¿Quién es mi familia? ¿Cómo nos ha creado Dios? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos? ¿Con quién comparte la mesa Jesús? ¿Está todo conectado?
¿Qué respuestas darías a cada una de estas preguntas desde tu propia vida y experiencia personal?

Cristianisme i Justícia (Fundación Lluís Espinal) es un Centro de Estudios creado en 1981, promovido por la Compañía de Jesús de Cataluña. Agrupa un equipo de profesores universitarios y especialistas en teología y en diversas ciencias sociales y humanas interesados por el cada vez más indispensable diálogo fe-cultura-justicia.

Los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)** presentan reflexiones de los seminarios del equipo del centro y trabajos de sus miembros y colaboradores. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/quaderns

Últimos títulos:

192. X. ALEGRE, J. I. GONZÁLEZ FAUS, J. MARTÍNEZ GORDO, A. TORRES QUEIRUGA, Rehacer la vida. Divorcio, acogida y comunión; 193. O. MATEOS, ¿De la «tragedia» al «milagro»?; 194. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, La causa de los pobres, causa de Dios; 195. J. LAGUNA, Pisar la luna. Escatología y política; 196. M. GONZÁLEZ MARTÍN, De la hostilidad a la hospitalidad; 197. J. FLAQUER, Islam. La media luna... creciente; 198. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, TERESA CRESPO (ed.), El trabajo: presente y futuro; 199. C. M. TEMPORELLI, Amigas de Dios, profetas del pueblo; 200. VARIOS AUTORES, Nuevas fronteras, un mismo compromiso; 201. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Inhumanos e infrahumanos; 202. J. CARRERA, L. PUIG, Hacia una ecología integral; 203. J. SANZ, Cómo pensar el cambio hoy; 204. J. BOTEY, A 500 años de la Reforma protestante; 205. X. CASANOVAS, Fiscalidad justa, una lucha global; 206. A. ARES MATEOS, Hijos e hijas de un peregrino

La **Colección Virtual** está formada por cuadernos que, por su extensión, formato o estilo, no hemos editado en papel pero que tienen el mismo rigor, sentido y misión que los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)**. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/virtual

Últimos títulos:

6. J. RENAU, Un salario que corresponda a la dignidad humana y al bien común; 7. J. L. IRIBERRI, Diez barcas varadas en la playa; 8. D. MOLLÀ, Reflexiones sobre «espiritualidad de trabajo» en tiempos de precariedad; 9. A. ARES MATEOS, Inmigración y nuevas encrucijadas. Cómo ser profeta en un mundo diverso; 10. AA. VV., ¿Qué nos jugamos? Reflexiones para un año electoral; 11. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Romeros de América*; 12. P. TORRES, Retiro en la ciudad

Tiraje: 46.000 ejemplares

N. 206, noviembre 2017

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ.
Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona - Tel. 93 317 23 38
info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



CristianismeIJusticia